

La Rioja, ¿cruce de caminos?

José Luis Gómez Urdáñez

Toda la vida oyendo que La Rioja es cruce de caminos, tierra de paso y hasta “tierra de encuentro”, y nadie aporta una razón sensata para justificar nuestra seña de identidad. Como todavía el tópico no ha pasado al Boletín Oficial de La Rioja y los obispos no se han “posicionado”, vamos a reírnos un poco de nosotros mismos, los riojanos del cruce, aprovechando la fresca canícula de este verano en que no ha habido cambio climático (ya lo hubo el año pasado).

Si La Rioja ha sido alguna vez cruce de caminos, lo habrá sido de malos caminos, pues no es zona que atravesaran los viajeros históricos. Antes del ferrocarril, los extranjeros que visitaban el caliente sur con destino a Madrid solían ir desde Irún a Burgos, o a Pamplona, desde donde ganaban la meseta por Ágreda. La Rioja quedaba a desmano. En esos siglos en que ya el viaje moderno había sustituido a la peregrinación medieval, ni siquiera pasaban peregrinos por nuestra tierra pues las autoridades locales eran muy estrictas con lo que llamaban “romeros falsos”, mendigos encubiertos “so capa de peregrinos a Santiago”, quinquilleros, delincuentes. Muchos hospitales (que nunca tuvieron fines sanitarios, sino sólo de hospedaje), fueron hundidos (en el XVIII con la colaboración de la Iglesia) para que no sirvieran de refugio a los “pobres fingidos” y a los nómadas. Los pícaros acabaron con la buena fe de las gentes.

Los caminos eran malos y los pocos puentes que había se debían reparar tras las crecidas de los ríos. Los dos puentes de mi pueblo los vieron hacer mis abuelos. El de Torremontalvo era de tabla antes de la obra definitiva (por cierto, la lápida dedicada a Carlos IV que lo coronaba fue arrojada al Najerilla hace algunos años, sin que las autodenominadas autoridades culturales movieran un dedo: ahí debe seguir, con los peces). Todavía recuerdo de mi infancia que mi abuelo pasaba el Ebro en barca para ir a comprar pimientos a Mendavia (donde inexplicablemente sigue sin haber un puente que una el polígono industrial y la carretera de Pamplona).

Jovellanos, que visitó La Rioja a fines del siglo XVIII, dejó constancia del estado pésimo de los caminos riojanos, en alguno de los cuales se tuvo que bajar del coche y ayudar a los caballos a salir de embarrancaderos y pedregales. Le ocurrió esto cerca ya de Logroño. Por esas fechas, la Real Sociedad de Amigos del País Riojano-Castellana se proponía casi como única meta hacer un camino de Logroño a Santander, que apenas pudo acabar en treinta años, y otro a Vitoria, para que mejorara el transporte del vino, que se siguió haciendo durante un siglo más a lomos de mula.

Durante el invierno, La Rioja quedaba prácticamente incomunicada con la meseta... Pero esto es historia, demasiado serio para un culebrón agosteo. Vayamos a la argumentación, a la lógica, al cierre categorial que diría el maestro Gustavo Bueno.

Empecemos por compararnos con las demás tierras, las que a nadie se le ocurre decir que son de paso. Por ejemplo, la vecina Zaragoza, que fue centro de confluencia de vías romanas, de caminos de peregrinación ignota –después de Monserrat, el Pilar; luego, los Santos Corporales de Daroca-, puerto del Ebro navegable, lugar de arribada de maderas del Pirineo por el Gállego, etc. Otro ejemplo: León, remoto páramo que une Galicia con la meseta y con el norte asturiano, una de las primigenias estaciones de la célebre compañía de autobuses Alsa, y parada obligada de los austeros maragatos que llevaban el pescado fresco a Madrid, viajando en carros por la noche, ¡en una semana! (hay tesis doctoral sobre el asunto).

¿Quieren más ejemplos? Pues venga. Andalucía, crisol de fenicios, tartesios, vándalos –de ahí su nombre-, visigodos, griegos, romanos, y... pateras, muchas pateras cuyos ocupantes utilizan la región precisamente como ...zona de paso.

En fin, y a lo nuestro. ¿Ustedes han leído en algún sitio que el distintivo de estas regiones sea el ser “zona de paso”, “cruce de caminos” o “tierra de encuentro”?

Sigamos. Ahora que con las compañías de bajo coste es más barato un vuelo Valladolid-Bruselas que un par de cubatas en la plaza del Mercado, salgamos al extranjero. Visitemos, por ejemplo, Colonia, por cuya estación pasan al día 1.400 trenes, mientras cientos de barcazas con toda clase de carga recorren el Rin y arriban a su puerto fluvial. ¿Qué les sugiere? ¿Se denominan zona de paso los de Colonia? No lo sé, pero seguramente los alemanes sí que saben que el aeropuerto de Francfort es el más transitado de Europa: eso sí que es un cruce de caminos. Pero lo es igualmente Berlín, La Valtelina, el viejo “camino español” que unía Génova con los Países Bajos españoles, Hamburgo, Lyon, Milán, etc. Toda Europa es, en definitiva, un cruce de caminos.

Volviendo a La Rioja, a nuestro querido Logroño, donde el tráfico todavía discurre a la velocidad de las ovejas mesteñas, en la estación del tren, donde crece la hierba entre los raíles, uno puede ver pasar un par de trenes cada tarde. Hay un Logroño-Barcelona que tarda lo mismo que hace treinta años (¿se acuerdan del célebre “Shangai” de los estudiantes?). En la carretera nacional se ve una cola enorme que sólo disminuye cuando se pasa el polígono de Arrúbal, mientras por la autopista pasan sólo algunos utilitarios (camiones no, que es cara). En la estación de autobuses, comprobaremos que el Rápido de Murillo sigue empleando el mismo tiempo en llegar a su destino que cuando yo estudiaba bachillerato en el Instituto Marqués de la Ensenada (hoy Sagasta).

Pero, ¿quién pasa por esta “zona de paso? Ah, claro, los peregrinos, gente fornida, bastón en mano, que va por los arcenes esquivando coches, gente que sólo pasa por La Rioja, al parecer, y que no recuerda Estella, Sahagún, Burgos, Frómista..., pues obviamente, no son zonas de paso, ni cruce de caminos, ni tierra de encuentro. ¿O sí?

Todo hace pensar que nuestro tópico arranca del único cruce documentado: el de ese camino medieval abandonado durante siglos antes del reclamo turístico reciente y el de las cañadas de la Mesta: Norte, Sur, Este y Oeste, y nosotros, los del cruce, en el centro del universo, bajo la Polar, recorridos por la Vía Láctea. (Por cierto, ¿habrá alguien que cite alguna vez el extraordinario libro sobre el Camino de Santiago de Lacarra y Uría, en el que está todo, todito, todo, lo que se sabe del tema?).

Pero, sigamos con la lógica: y si La Rioja es zona de paso y cruce de caminos, ¿por qué se queda todo el que llega? Repasen ustedes la nómina de altos cargos, profesores de la UR (de cuatro rectores, uno asturiano y dos, de Zaragoza), médicos y notarios, funcionarios y trabajadores de todos los ramos que un día llegaron a esta tierra de paso y se quedaron ...para siempre. ¡Vaya una zona de paso en la que todo el mundo se queda! Pero, claro, es lo mismo que pasa en todas partes. Zaragoza, por ejemplo, es la capital de Soria; en Móstoles hay más extremeños que en Cáceres y Badajoz juntos. ¡Y que decir de Vitoria o de Valladolid! Pero, ¿Y Benidorm? ¿No es zona de paso? ¿No será que toda España es también zona de paso?

En fin, ¿saben ustedes lo que pasa en esta nuestra tierra de paso? Pues es sencillo, que nadie ha escrito una historia seria sobre ella y que los riojanos nos conformamos con cuatro lugares comunes, de San Millán al vino y del vino a San Millán. Y, claro, como esto es tierra de paso, pues los riojanitos, los del cruce, ...a pasar.

Con razón un amigo mío, que también pasa, dice que ésta tierra, de paso, de cruce y de encuentro, es “la tierra del qué chorra más da”.